



Universidad de Navarra
Rector

Pamplona, 13 de diciembre 2016

Queridos todos:

Me dirijo a vosotros con la pena del reciente fallecimiento de D. Javier Echevarría, que para nosotros ha sido, además de nuestro Gran Canciller, un verdadero padre. La noticia no ha sido del todo inesperada, porque su salud desde hace unos años era frágil y últimamente hacía referencia con naturalidad y con ese sentido del humor que le caracterizaba, a que se le acababa el tiempo. Pero la hemos recibido como un golpe duro, como una gran pérdida.

Los que formamos parte de la Universidad de Navarra hemos sido muy afortunados: son incontables las ocasiones en las que hemos podido estar con él en las multitudinarias reuniones del Polideportivo o en los encuentros casuales por los pasillos de la Clínica o en la Ermita del Campus. Todos recordamos con especial viveza algunos momentos: la celebración de los 50 años de la Asociación de Amigos, los del IESE y los de la Clínica, o el sencillo encuentro que tuvo con nosotros antes de la celebración de la Novena hace poco más de un año.

Además, como miembro de la comisión permanente primero y rector después, he podido constatar de un modo más directo su cariño paternal ante las dificultades que se presentan inevitablemente en cualquier iniciativa. En concreto, vienen a mi memoria dos encuentros que tuvimos con él con ocasión del atentado terrorista y sus posteriores efectos, uno en el Hexágono y otro en el salón de Grados del Edificio Central. Recuerdo su actitud, siempre positiva y esperanzada, quitando importancia a lo que consideraba secundario respecto a nuestra misión principal: trabajar por los demás, enseñar, investigar, curar, procurando servir a Dios y a los demás. Sus palabras, intensas, rápidas, llenas de consejos concretos y consideraciones más de fondo nos ayudaban a mirar a la Universidad como un proyecto común que se hace posible por esa unidad, que tiene una raíz más profunda que las pequeñas discrepancias o personales limitaciones.

Os decía que hemos sido muy afortunados, y junto con la pena pienso que todos compartimos un sentido de profundo agradecimiento. Las instituciones al fin y al cabo son el reflejo de las personas que las impulsan y las llevan a cabo. Nosotros tenemos el privilegio de continuar los sueños de personas que nos han iluminado con su presencia en la tierra y ahora nos acompañan desde el Cielo: san Josemaría, el beato Álvaro, don Javier. Con su ayuda seguiremos trabajando para que la Universidad, sus centros de investigación, su Clínica, su escuela de negocios, estén a la altura de esos sueños magnánimos, orientados al servicio de los demás.

Un afectuoso saludo,

Alfonso Sánchez-Tabernero